

Alberto del Campo Tejedor

EL GRAN TEATRO  
DEL FÚTBOL

Héroes y villanos del deporte  
que explica nuestro mundo

la esfera  de los libros

# Índice

<i>Introducción</i> .....	11
Capítulo 1. EL ARTE DEL ENGAÑO	
FUTBOLERO .....	27
Engaños y mentiras del fútbol .....	27
Engañar a los directivos: futbolistas que no lo eran .....	29
Engañar al aficionado —y a las casas de apuestas— .....	38
Engañar al árbitro: tirarse a la piscina .....	41
Engañar al rival: el regate .....	54
Engañar al destino: cuando uno no quiere irse .....	61
Capítulo 2. EL FÚTBOL NO ES LA COSA MÁS SERIA DEL MUNDO. EL HUMOR Y LAS CULTURAS FUTBOLÍSTICAS .....	69
El ingenio, la gracia y el aplauso .....	69
Arte y salero: ¿tópico o realidad? .....	76
Humor dicotómico: el lado gracioso de la rivalidad .....	84
Risa terapéutica .....	93
Capítulo 3. EL EQUIPO DEL PUEBLO. ANTROPOLOGÍA DEL FÚTBOL DE TERCERA DIVISIÓN .....	107
Lo que le falta a un jugador de Tercera .....	107
Seguir al equipo de tu pueblo .....	117

Jugar en Tercera .....	122
Dejar huella .....	126
La suerte de jugar .....	130
Capítulo 4. LOS ACTORES PRINCIPALES	
DEL TEATRO FUTBOLERO: EL JUGADOR	
Y EL HINCHA .....	135
Un juego de múltiples participantes .....	135
Rebeldía y goce en el jugador .....	139
Las aficiones: pasión y consumo futbolero .....	153
Capítulo 5. LOS ACTORES SECUNDARIOS:	
ENTRENADORES, ÁRBITROS Y OTROS	
OFICIOS INGRATOS .....	177
Filias y fobias: entrenadores estrella .....	177
¿Quién quiere ser árbitro? .....	191
El representante .....	201
Capítulo 6. LOS CLUBS, LOS MEDIOS	
Y EL PODER .....	211
El fútbol: un poder que articula otros poderes .....	211
El periodismo deportivo y el poder de los clubs .....	216
Los medios ante la corrupción .....	219
¿Se puede informar con razonable libertad? .....	225
El oficio de cronista deportivo .....	238
Las polémicas: los actores en lid .....	242
Gran Hermano .....	249
Capítulo 7. FIDELIDAD Y TRAICIÓN:	
EL DRAMA DEL FÚTBOL .....	259
El fútbol, acción simbólica .....	259
Fidelidad futbolera y encumbración mítica .....	268
Traición futbolera y venganza al ofensor .....	278
Expresión y participación .....	286

Capítulo 8. EL LADO OSCURO DEL FÚTBOL.	
DOLOR, OCASO Y MUERTE .....	289
Derrota, frustración, tensión y fracaso .....	289
Juguetes rotos .....	301
La ruina .....	315
El fútbol y los muertos .....	329
Capítulo 9. PERDER, GANAR O GANAR	
PERDIENDO: LAS FILOSOFÍAS DEL ATHLETIC	
Y EL BETIS .....	345
La lucha de David contra Goliat .....	345
Viva er Beti manque pierda .....	355
El Eurobetis de Lopera .....	363
El ocaso de don <i>Manué</i> .....	369
La filosofía del Athletic .....	378
Capítulo 10. OTRAS PELOTAS. VIEJAS Y NUEVAS	
MASCULINIDADES EN EL FÚTBOL .....	391
El fútbol y los modelos de masculinidad .....	391
Viejas maneras de ser hombre .....	393
El fútbol y la mujer .....	406
Salir del armario, salir del vestuario .....	411
Capítulo 11. CUESTIÓN DE CONFIANZA.	
EL FÚTBOL Y LOS COMPLEJOS NACIONALES ..	421
Ganar a Brasil .....	421
España, la colonia y el mundo indígena .....	424
De los Andes a la competición .....	434
España Fútbol Club .....	441
A cada propósito, su partido .....	453
<i>Conclusiones</i> .....	459
<i>Bibliografía citada</i> .....	463

# Introducción

El Clásico entre Barça y Real Madrid lo siguen unos 650 millones de personas de 180 países, lo que supone el 8,5 por ciento de la población mundial. Por supuesto, el fútbol no es el deporte más popular en todo el mundo: en la India prefieren el *críquet*, en Nueva Zelanda el *rugby*, en Estados Unidos el fútbol americano, el baloncesto o el béisbol. En Europa, con alguna excepción —los finlandeses se pirran por el *hockey* sobre hielo—, el fútbol sí es, con diferencia, el deporte más seguido. Lo mismo podríamos decir de Latinoamérica. Sin embargo, rápidamente nos asaltaría la razonable sospecha de que en la Amazonía no se juega a lo mismo que en las calles de Bogotá. Aunque consideremos el fútbol un fenómeno mundial o, por lo menos, transnacional, no podemos entenderlo como un hecho social homogéneo en todo el globo. Las reglas pueden ser las mismas en el fútbol profesional, como no es menos cierto que la globalización ha traído la uniformización de las prácticas más cotidianas: comemos hamburguesas y pizzas, vestimos con vaqueros y escuchamos *rock*, pop o rap. No obstante, la globalización tiene también otra cara de la moneda: como mecanismo de resistencia o, simplemente, por el rechazo que provoca la uniformización, surgen o resurgen

prácticas locales, idiosincrásicas, distintivas. Más que nunca y a contracorriente, los aficionados del Athletic de Bilbao valoran que en su equipo solo jueguen futbolistas vascos, de la misma manera que los hinchas del Chivas de Guadalajara están orgullosos de que solo jugadores mejicanos defiendan su camiseta; o los del Nacional, de la ciudad de Quito, de que solo esté formado por ecuatorianos.

El desarrollo histórico no es lineal. Cuando parece que todo apunta a una misma dirección, los historiadores y antropólogos observan cómo los grupos vuelven atrás, se giran y toman otro camino o, simplemente, mezclan los diferentes elementos que hay a su disposición, arruinando con frecuencia a los agoreros que predecían que la cultura se dirigía sin remedio hacia un lugar desastroso. Cierto: millones de personas juegan al fútbol en el mundo y más aún lo siguen en los estadios o por televisión; millones leen periódicos deportivos, oyen tertulias radiofónicas sobre el fútbol y hablan del último partido en los bares, en la calle. Pero ninguna de esas prácticas se realiza de la misma manera, pues influyen variables como la religión, la edad, el género, la clase social y aun la misma localidad y nación donde uno se ha criado. En cada contexto emergen diferentes *culturas del fútbol* que no suelen ser ya absolutamente únicas y singulares —si es que alguna vez lo fueron—, sino híbridas, productos mestizos.

Además, el fútbol se vive con diferentes roles: hay jugadores, claro, pero también capellanes de equipo, periodistas o constructores de estadios. Todos tienen experiencias distintas. El fútbol no significa lo mismo para un profesional de Primera que para uno de Tercera, para un aficionado del Rayo Vallecano que para uno del Barça, para alguien que dependa económicamente de la industria del fútbol y para quien se dedica, en sus tiempos libres, a entrenar al equipo cadete de su barrio. Y sí, inserto en el mercado, el fútbol se consume, se corrompe, se *espectaculariza*, pero también se desea, se exalta, se llora; hay mercaderes del fútbol, pero siguen existiendo soñadores, incluso mendigos del fútbol,

como cuando Eduardo Galeano pedía, casi suplicaba, «una linda jugadita, por amor de Dios».

A medida que el fútbol ha ido creciendo en popularidad, en su faceta de negocio y en su dimensión internacional, han aumentado los ámbitos sociales a los que incumbe y los colectivos a los que implica. Sería imposible comprender qué futbolistas llegan al Real Madrid sin tener en cuenta el papel que juega Florentino Pérez, magnate de la construcción, bien relacionado con el *establishment* político, la duodécima fortuna de España —con 1.700 millones de euros—, pero, sobre todo, un empresario hábil para situar la marca Real Madrid en la cumbre de la jerarquía. Y, sin embargo, pese al alcance mundial del fútbol, su relación con las macrofinanzas, los medios y la política, el aficionado sigue gritando o llorando cuando su equipo de Tercera se va a pique, ajeno a lo que haga el Madrid esa tarde y, mucho más, a las corruptelas de la FIFA o los debates sobre la Superliga.

Los economistas, politólogos y sociólogos se han enfrascado, sobre todo, en los aspectos macro del fútbol, que tal vez alguno consideraría como las cuestiones más relevantes e impactantes. A los antropólogos nos interesan más las experiencias microscópicas, lo que la gente hace, dice, siente, no solo en contextos donde explícitamente se presenta el fútbol —en un estadio—, sino allí donde no aparece a simple vista —en ciertos cementerios, por ejemplo, donde se honra a algunos jugadores, y donde varios aficionados ordenaron, antes de morir, que se esculpiera en su lápida el escudo de su equipo junto a la cruz cristiana—. Los antropólogos tenemos, además, cierta debilidad no solo por la gente, sino por la gente corriente o por los aspectos corrientes de la gente. No nos interesan solo las estrellas que juegan Mundiales, sino los jugadores de Regional, el viejo aficionado que gruñe en las gradas, la madre del joven que se ha lesionado de por vida. Hemos aprendido que un utillero veterano puede ser lo que en antropología llamamos un «informante privilegiado», es decir, alguien que tiene un singular conocimiento de los hechos

sociales que estudiamos, sobre todo de las cuestiones del día a día. Eso es lo que más nos interesa. Cuando estamos junto a los futbolistas de Primera División, nos afanamos por averiguar lo que no forma parte de las entrevistas periodísticas ni de la actividad pública del jugador. Lo más interesante ocurre entre bambalinas, y para comprender cualquier fenómeno hay que abordarlo desde la vivencia íntima de las personas. No desdeñamos a actores que teóricamente son secundarios, sino que los priorizamos: sabemos que alguien que trabaja en la sombra y pasa desapercibido puede ofrecer una visión tanto o más lúcida de cómo funciona el teatro que la que te ofrece quien está acostumbrado a vivir y hablar bajo los focos.

Desde luego, hay muchas personas trabajando en el fútbol alejadas de los *flashes*: representantes, directivos, masajistas, administrativos de un club, fundadores de una peña, ojeadores, psicólogos deportivos, fisioterapeutas, delegados de campo... En el caso de los periodistas, parecería que son solo transmisores y no artífices del mundo futbolero; lo cierto es que influyen poderosamente no solo en la opinión pública, sino en el propio vaivén de los clubs. Es preciso considerar al conjunto de actores, porque actúan en diferentes ámbitos y con su comportamiento alumbran no solo el fútbol, como juego, sino los fenómenos relacionados con el fútbol: la masculinidad, la religión, el poder o las identificaciones colectivas.

La antropología social tiene en común con el fútbol que, si te apasiona, puedes trabajar y divertirte a la vez. Si voy a ver un Rayo Vallecano-Betis, como aficionado me deleito con el desmarque de Borja Iglesias, un gesto que no se aprecia en la televisión, porque las cámaras siguen la jugada allí donde esté el esférico. Pero como antropólogo, me interesan más aún las reacciones de los aficionados y qué hace el segundo entrenador, cómo calienta tal o cual futbolista, y qué le dice un joven hincha que intenta —inútilmente— captar su atención y darle indicaciones sobre qué ha de hacer cuando salga. Por otra parte,

el antropólogo que analiza el fútbol pasa el 99 por ciento de su tiempo de estudio en otros contextos que no son el estadio y el terreno de juego. Las culturas son holísticas, es decir, las diferentes facetas de la vida social están imbricadas, formando un todo: no puedo comprender las frustraciones de un hincha sin considerar la situación económica que llevó al equipo a no fichar a ningún futbolista solvente; es imposible discernir por qué ciertos directivos suscitan o no la aprobación de los aficionados sin atender a las imágenes de mercadotecnia que manejan; resulta muy difícil entender que algunos equipos sean odiados, otros temidos y algunos pocos admirados, al menos en ciertos aspectos, sin tener en cuenta qué tipo de filosofía representan, no solo en el juego, sino también en los comportamientos que exigen de sus jugadores fuera del campo. Para llegar a descubrir las razones por las que los hombres, en general, no siguen el fútbol femenino, no basta con preguntarles ni con ir al estadio, sino que hay que contextualizar los mitos, las formas de socialización y los estereotipos de género que se recrean en el fútbol y en otras situaciones cotidianas; si realmente quiero saber por qué los aficionados de los diferentes equipos sienten los colores de distinta manera, he de comprender también los anclajes culturales de lo que han vivido, lo que les ha sido narrado por sus padres, e incluso cómo ven el mundo hoy, más allá del fútbol, qué piensan sobre la política o sobre su ciudad. Como antropólogo me interesa lo que la gente corriente hace, dice, experimenta o siente, y consciente de que el fútbol no es más que una pequeña —o no tan pequeña— parte de sus vidas, he de acceder también a sus otras facetas, cuando están en el mundo no ya como aficionados, sino como trabajadores en una fábrica de coches que está en ERTE, como residentes de un pueblo ridiculizado por su vecino más grande y poderoso, como abuelo, padre, hijo o nieto que heredaron cierta visión de la vida. Cada uno de esos papeles y lugares en el mundo que ocupamos nos proporciona una perspectiva diferente sobre el mundo del fútbol. Naturalmente me interesa también la vivencia del futbolista, su opinión y

su relato, pero no más que la que pueden ofrecer los otros actores de este fabuloso teatro que tanto nos atrae, precisamente porque implica mucho más que meter una pelota entre tres palos.

Me gustaría que este libro aportara luz sobre aspectos que habitualmente no se tratan ni en el periodismo deportivo ni en la Academia, en el primer caso porque no forman parte de la escena principal de ese teatro, en el segundo porque el fútbol —como otras *cosas* populares— ha sido desechado, por la mayoría, como objeto serio de estudio. ¿Cómo experimenta el fútbol una antigua estrella que se arrastra en su ocaso en la Tercera División? ¿Cómo relatan su vida los que fracasan en el fútbol, los que se quedan en el camino o los que tienen que abandonarlo prematuramente? ¿Hay vida después del fútbol?, ¿a qué se dedican los futbolistas cuando se retiran y no se hacen entrenadores? ¿Cómo es la cotidianidad dentro de un vestuario cuando no hay focos ni periodistas? Creo que la antropología puede acercarse a la vivencia íntima del jugador, más allá de lo que experimenta al meter un gol o ganar un título. Además, podemos responder a preguntas que atañen a esos otros actores sociales del fútbol, como los aficionados: ¿es un tópico o hay fundamentos para pensar que algunos clubs e hinchas son más de derechas que otros?, ¿se comportan igual en el campo y fuera de él?, ¿qué lleva a un aficionado a pedir que, cuando muera, sus cenizas sean esparcidas por el terreno de juego o guardadas en un columbario del club?, ¿qué experimenta cuando un futbolista de la cantera ficha por un equipo grande?, ¿por qué ese respetado padre de familia insulta al árbitro delante de su hijo?

Al aplicar los instrumentos analíticos para comprender el fútbol como un *hecho social total*, que diría Marcel Mauss, podemos acceder a ámbitos cuya relación con el fútbol ignorábamos —la literatura, la muerte o el humor—, o enfocarlo bajo perspectivas —la noción mediterránea de *vendetta* o las múltiples facetas del engaño, por ejemplo— que nos ofrecen acceso a un lado desconocido del fútbol. Como uno de los hechos más populares de

la modernidad, el fútbol refleja el funcionamiento y los valores principales de nuestra sociedad mundializada, las contradicciones de nuestro tiempo, lo mejor y lo peor del ser humano. Analizando el fútbol podemos comprender otras facetas de nuestra vida, dado que la lógica del balompié se articula con las que rigen en ámbitos no deportivos, pero sujetas a las mismas constricciones estructurales, poderes, patrones culturales y valores.

Soy un privilegiado: mientras alguno de mis amigos tenía que trabajar en el bar de su padre, yo pude entretenerme estudiando las carreras universitarias que me apetecían. No extrañaré que, en consecuencia, sea un acérrimo defensor del cruce de disciplinas y aun de lo que no se ajusta a ninguna en concreto. A menudo, las reflexiones más interesantes que he leído provenían de autores que no asumían los cánones de una disciplina específica, sino que combinaban varias; nadaban en las oscuras aguas en las que ningún investigador solía zambullirse; labraban los campos que nadie trabajaba porque el terreno era abrupto y las herramientas de cada disciplina no parecían las más idóneas para roturar la tierra; se adentraban temerosos, pero decididos, en la ignota selva que los demás consideraban intransitable. He de reconocer mi deuda con autores, teorías e ideas que provienen de la etnoliteratura, la psicología cultural, la historia de las ideas o la filosofía jurídica.

No obstante, y aunque resuenen los ecos de otras disciplinas, este libro constituye eminentemente una antropología del fútbol. Los antropólogos estamos entrenados para relacionar nuestro objeto de análisis con otros campos sociales y usamos la comparación para percibir los contrastes y las similitudes entre cómo se comporta la gente por aquí y lo que hacen en otros lugares, donde el fútbol adquiere variados matices asociados a diferentes culturas y ámbitos sociales. También nos interesa el cambio sociocultural, es decir, cómo diferentes facetas del fútbol han ido transformándose, de ahí que no haya antropología social sin indagación histórica. Pero, sobre todo, el estudio antropológico se distingue por que

interpreta los comportamientos humanos en sus respectivos contextos, a los cuales accede directamente. Extraemos la información haciendo trabajo de campo, involucrándonos con las personas que estudiamos en su día a día, observando sus quehaceres cotidianos y participando en ellos, charlando unas veces informalmente, en contextos relajados, otras en entrevistas más estructuradas. En antropología se trata no solo de recabar datos, ni siquiera de conocer a través del testimonio de otra persona o por la mera observación de sus actos, sino de experimentar en tus propias carnes, en la medida de lo posible, las diferentes situaciones, vivir y convivir estrechamente para captar el punto de vista y la vivencia de las personas, cuyos anhelos y frustraciones describimos. El antropólogo no solo se inmiscuye en las vidas de los demás, sino que, en gran medida, aspira a formar parte de ellas, para describirlas desde dentro, lo que exige no solo empatía, sino también compromiso, dedicación y paciencia: requiere tiempo ganarse la confianza de los sujetos cuyas vidas interesa describir, tanto como aprender las reglas de juego de los distintos ámbitos sociales.

Las actuales circunstancias del fútbol moderno conspiran para que el trabajo antropológico en este campo sea poco menos que una utopía. Como saben también los periodistas, los jugadores de fútbol y los entrenadores son cada vez menos accesibles. Los entrenamientos suelen ser a puerta cerrada y en muchos clubs ya es imposible viajar con la plantilla en el mismo avión. El jugador se ha acostumbrado a que cualquier contacto con él quede mediado por su representante, su agente de comunicación o el gabinete de prensa del club. Por si fuera poco, la cotidianidad de los jugadores, especialmente los de los equipos más importantes, transcurre a menudo en espacios inaccesibles para el resto de los mortales. Muchos se relacionan casi en exclusividad con otros miembros de la plantilla, sus familias, los diversos agentes que tienen contratados y un reducidísimo grupo de amistades. En muchos casos se sumergen en un coto tan cerrado como el de

la alta aristocracia o los actores de cine, donde también es difícil realizar un trabajo de campo antropológico.

Para acceder a los protagonistas de este juego, es necesario contar con lo que los antropólogos conocemos como «porteros», individuos que se mueven con facilidad en el ámbito objeto de estudio y que pueden abrirnos la puerta a las situaciones donde actúan los sujetos que nos interesan. Tuve que recurrir a algunos amigos exfutbolistas, representantes de fútbol o directores deportivos para acceder a espacios normalmente vedados incluso a los periodistas. Mucho más fácil me fue entablar relación con actores que están ahora en un segundo plano: exfutbolistas integrados en otros puestos del organigrama de los clubs o que ejercen como tertulianos, intermediarios o entrenadores. No solo porque no están en primera línea del espectáculo futbolístico, sino porque pertenecen a una época en que eran accesibles. Dicho de otra manera: es más fácil entablar relación con exfutbolistas que hace quince años estaban en la selección que con un jugador actual del Leganés.

En todo caso, con paciencia y tiempo, acabas vinculándote a muchos individuos del fútbol. Los exfutbolistas fueron los que más me ayudaron a introducirme en el contexto actual, porque conocen a jugadores en activo, entre otras cosas porque les han entrenado o coincidieron con ellos hace años. Aunque cada vez es más difícil acceder a los lugares de trabajo de los jugadores y a sus situaciones cotidianas, no es imposible, con el tiempo, entablar relaciones lo suficientemente estrechas para que puedas verlos en una campaña de promoción o en algún otro evento extradeportivo, como la boda de alguno de ellos. Con todo, reconozco que este libro está hecho más de las vivencias y los relatos de los que fueron futbolistas en los años ochenta, noventa y los primeros años del milenio, que de los que brillan hoy en los campos de juego. Claro que no es lo mismo acceder a Toni Kroos que a Jorge Molina, jugador del Granada C.F. Este último no vive precisamente en una burbuja y no es difícil interactuar con él y conversar.

Soy consciente de que, para superar estas dificultades, parto con una ventaja: no hubiera podido escribir este libro si no hubiera jugado al fútbol desde pequeño y hasta que una fatídica lesión me apartó de los terrenos de juego cuando, con 25 años y tras algunas temporadas en Tercera, parecía estar en condiciones para aspirar a empezar la temporada siguiente en algún equipo de superior categoría, lo que permitiría, a su vez, soñar con llegar algún día a la cúspide. Pero, como decía el poeta, «la verdad desagradable asoma», y es mejor reconocerlo: nunca he jugado en Primera División, por lo que no la conozco de primera mano como jugador. Sin embargo, contrastando lo que he vivido como futbolista en categorías inferiores con lo que he podido conocer en el estudio antropológico sobre la élite, puede concluirse que hay tantas diferencias como similitudes. En muchos aspectos, la Tercera o la antigua Segunda B es similar a la Primera, porque, en última instancia, muchas cosas se recrean con los mismos códigos.<sup>1</sup> El número de espectadores o el dinero que hay en juego en un partido no son los mismos, pero sí el júbilo o la desolación tras el encuentro, o las prácticas de fraude que se despliegan. Los futbolistas que han jugado en las tres primeras divisiones del campeonato me lo han confirmado muchas veces. La afición idolatra a los jugadores con independencia de que el equipo esté en Primera o en Segunda; los que son futboleros se desviven con el primer equipo de su ciudad. Y, sin embargo, acostumbrados a leer sobre la glamurosa vida de las estrellas, ¿nos hacemos una idea de lo que supone entrenar por las tardes en un equipo de Tercera tras una larga jornada en la fábrica o en qué situación queda el jugador modesto después de una grave lesión, teniendo en cuenta que nunca ha cotizado en la Seguridad Social? La similitud o la

---

<sup>1</sup> En 2021 se extinguió la Segunda B. En su lugar han surgido dos categorías, la Primera RFEF y la Segunda RFEF. En este libro seguiremos aludiendo a la antigua Segunda B, ya que gran parte del trabajo de campo fue realizado mientras esa era aún la categoría de bronce del fútbol español.

diferencia no es algo intrínseco a los hechos, sino cuestión de perspectiva, de enfatizar lo que les une o les separa. Y creo que es bueno atender a ambas dimensiones.

Mi interés por analizar antropológicamente el fútbol parte de mi época de estudiante, cuando cursaba el último año de Antropología Social y jugaba en un equipo de Tercera con aspiraciones de subir a Segunda B. Desde entonces, y a lo largo de los últimos 25 años, he participado aquí y allá en diferentes proyectos para analizar desde las ciencias sociales este deporte, tanto el fútbol base y el fútbol *amateur*, como el profesional. Como había publicado ya bastantes textos académicos, no tenía pensado escribir este libro. Pero, como tantas otras cosas en la vida, estas páginas son también fruto de una casualidad, aunque mis amigos piensen que era cuestión de tiempo. A petición de uno de mis editores, el escritor Fernando Iwasaki accedió a presentar uno de mis libros —*Historia de la Navidad*—, al que dedicó tan encomiásticos elogios que, desde ese día, me siento obligado a invitarle a cervezas cuando nos vemos —claro que, una vez conocido el truco, yo también he puesto en práctica semejante táctica con otros autores, no menos inocentes que yo por aquel entonces—. Durante la presentación del libro aludí al fútbol, lo que no resultaba extraño —según me hizo ver uno de mis más fieles amigos, esos que te acompañan a las presentaciones de tus escritos con independencia del tema que trates—, dado que, aunque yo no era consciente, al parecer en todas las presentaciones de mis libros —y aun en las de otros, según recapacité después— acababa hablando invariablemente de fútbol, como si fuera una suerte de metáfora inagotable para aludir a cualquier cuestión debatida en el libro que se presentaba.

«Extraño que no hayas escrito sobre fútbol», se me dijo. «Sí lo he hecho», alegué, aunque comprendí rápidamente que la mayoría de mis textos estaban lejos del alcance del público, en muchos sentidos. En algunos casos, se publicaron en actas de congresos que se editan en número tan limitado que casi solo las tienen sus

participantes; en otros casos, se imprimieron en Latinoamérica en ediciones inaccesibles, cuando no existía el formato digital. Ciertos capítulos que versan sobre el fútbol formaron parte de volúmenes que no están dedicados explícitamente a ese deporte, en realidad a deporte alguno, por lo que resultan casi un compañero extraño rodeado de autores y textos que no parecen precisamente interesados en el balompié. Otros textos fueron presentados en seminarios científicos y plantean disquisiciones académicas que disuaden al lector que no sea científico social o esté acostumbrado a la jerga antropológica.

Ante la persistente evidencia de que, con independencia del libro presentado, acabábamos hablando invariablemente de fútbol, y de que lo que había escrito al respecto no era muy accesible, surgió el compromiso —espoleado también por las cervezas con que suele amenizarse cualquier tertulia futbolera que se precie— de escribir un texto antropológico sobre el fútbol que fuera divulgativo, aunque no desprovisto de rigor académico. Hubo un tiempo en que aquello me había parecido la cuadratura del círculo, pero comprendo ahora que no era más que una excusa para no abordar este tipo de retos. He escrito demasiados mamotretos científicos, eruditísimos. Es lo que se le presupone a un profesor de universidad. Cuando miro atrás, veo cómo me halagaba que algún libro mío se reseñara como una obra casi enciclopédica, «de espíritu renacentista», escribió un crítico en una ocasión. Aquello me llenaba de orgullo, pero desde hace unos años pienso que, con demasiada frecuencia, los investigadores y profesores de universidad escribimos para otros investigadores y profesores. Y sin duda, esa es una de las facetas académicas: la especialización, la indagación de aspectos que interesan a la comunidad científica, la respuesta a preguntas que nos hacemos en la Academia en función de tal o cual paradigma o teoría. Pero, de la misma manera que Erasmo de Rotterdam no veía incompatible expresar las cuestiones más complejas y serias con un toque de ingenio y humor, tampoco deberíamos sustraernos a la obligación

de ofrecer un texto que no resulte un ladrillo y sí permita hablar de fútbol, con los conocimientos adquiridos en estudios científicos, pero no exclusivamente dirigido a la comunidad científica.

Al aceptar escribir este libro, no tuve más remedio que hacer dos cosas. En primer lugar, consultar las notas de mis diarios de campo y las entrevistas que consideraba más interesantes. En segundo lugar, retomar el trabajo de campo, para investigar aspectos que han sufrido cambios en los últimos años o que nunca había abordado, entre otras cosas porque no había podido dedicar un tiempo absorbente y entusiástico, la única manera que conozco de producir algo digno.

Me parece importante confesar varios hechos que han afectado al resultado final: he jugado al fútbol eminentemente en equipos de Extremadura y Andalucía; vivo en Sevilla, y la mayor parte del trabajo de campo de estos últimos años lo he desempeñado con clubs, aficiones y contextos futbolísticos del sur peninsular; he hablado con más futbolistas del Cádiz, el Betis, el Sevilla, el Xerez o el Badajoz, de lo que lo he hecho con los que han militado en equipos del norte. No solo de fútbol, sino que, cuando me he ocupado de otros fenómenos sociales, lo he hecho, sobre todo, atendiendo a cómo se gestan en las culturas del sur, por lo que me resulta más fácil contextualizar el fútbol en clave sureña. Así pues, aunque el libro está centrado en el fútbol español en su conjunto, los actores que por él desfilan y las experiencias que se recogen son más localizables en la España meridional.

Se circunscriben, además, al fútbol masculino, a pesar de que aparezcan aquí y allá algunas referencias al balompié femenino, que no soy competente para analizar. Por otra parte, como todo jugador y aficionado, me gusta más un tipo de fútbol que otro. Pensamos en la ciencia como una herramienta analítica objetiva. Si el fútbol admite debate sobre cualquiera de las cuestiones que involucra, tendemos a pensar que también existen formas objetivas de analizarlo. Y sin duda, las hay. Podemos comparar hoy, por ejemplo, si los jugadores de un equipo han recorrido más

kilómetros en el campo, tomando el conjunto de partidos de una temporada, que lo que lo han hecho otros. Incluso podemos compararlos todos y concluir que los equipos con más puntos son los que menos kilómetros corren en el terreno de juego, pero más tiran a puerta. Sin embargo, y aun cuando parezca que los datos hablan por sí mismos, siempre han de ser interpretados con alguna hipótesis, marco teórico o paradigma científico. Una misma información, incluyendo datos cuantitativos, puede servir para justificar una teoría o la contraria, en función de con qué otros datos se relacionen. La científicidad está, sobre todo, en explicitar bajo qué perspectiva se lleva a cabo el análisis, qué teorías y conceptos se utilizan, aunque otro autor, con otras herramientas, llegará siempre a conclusiones ligeramente distintas, o incluso a resultados diferentes, contribuyendo así a la polifonía y el debate en las ciencias, que son tan frecuentes —y a veces apasionados— como cuando discutimos sobre un penalti. Como el aficionado, el antropólogo tiene también sus filias y fobias, es decir, teorías, ideas, incluso técnicas de investigación que considera más útiles que otras. El resultado, por lo tanto, tiene siempre algo de subjetividad, de la propia experiencia del científico, y aun de su forma de ser. Los temas que se abordan en este libro responden a un interés específico, pero también a mi trayectoria como jugador e investigador.

Una última cuestión: aunque normalmente no omito el nombre de los protagonistas de este libro, en algunas ocasiones ha sido necesario obviar su identificación, bien porque, a mi juicio, lo que relataban resultaba comprometido, bien porque explícitamente me lo pidieron. En los testimonios de aficionados y otras personas que no desean verse expuestos a los rigores de la vida pública deportiva —ni tienen por qué estarlo—, he modificado algunas veces sus nombres para que no resulten identificables. En el resto de los casos —incluyendo el de todos los jugadores de fútbol que aparecen, sin excepción, con sus nombres—, espero que lo publicado aquí no sea del todo inconfesable y que no haya

traicionado su confianza. Cuando he tenido dudas, he optado por omitir su identidad, aunque he conservado los datos básicos como el club donde jugaban o la temporada en la que aconteció determinado episodio.

Ahora que escribo estas palabras, pienso que será imposible encontrar a un crítico que ensalce la obra como lo hizo Fernando Iwasaki con la anterior. Pero, por el contrario, ni me convertiré en deudor cervecero a perpetuidad ni nadie podrá extrañarse de que, como en todas las presentaciones de mis libros, hablemos de lo que más nos gusta, por fin, justificadamente.

Sevilla, 22 de marzo de 2022

## Capítulo 1

# El arte del engaño futbolero

### Engaños y mentiras del fútbol

Incluso futbolistas, entrenadores y pensadores inteligentes como Menotti dicen obviedades con frecuencia: «Los mentirosos se van descalificando ellos mismos con el tiempo». Claro. El que me sirve el café en el bar que frecuento, un tipo que no tiene precisamente fama de lumbreras, dice algo parecido: «La mentira tiene las patas muy cortas». Sin embargo, no estoy seguro de que el que afirma que Menotti dijo semejante trivialidad no esté mintiendo, le hayan engañado con la cita o simplemente la tergiversó. Al fin y al cabo, los bulos, las *fake news* y las leyendas urbanas sobre el fútbol son frecuentes y proliferan aún más en tiempos de Internet. En todo caso, Menotti ha dicho, a mi juicio, algunas de las verdades más incisivas del fútbol, por mucho que, como sostuvo Pascal con relativismo antropológico, «verdad allende los Pirineos, mentira aquende». Al *Flaco*, como a todo el mundo, no le gusta que le mientan, pero sí que le engañen:

El fútbol tiene tres valores fundamentales: engaños, tiempos y espacios. Pero no hay tiempos, no se buscan los espacios y ya no me engañan nunca; me aburro de una manera que

tengo la sensación de que eso que llaman fútbol es otra cosa  
(*El País*, 11/07/2011).

Existen muchos tipos de engaños. Hay entrenadores que, cuando van perdiendo, salen del banquillo, dan instrucciones con vehemencia, hacen aspavientos para que la afición no solo vea que está metido en el partido, sino que sus jugadores no están haciendo lo que él exige, con lo cual dirige la responsabilidad hacia estos si el partido se pierde. Otros dedican más esfuerzo a preservar una determinada imagen en los medios de comunicación que a mantener cohesionada la plantilla, sacar lo mejor de cada futbolista e intentar que los once que saltan al terreno jueguen como un equipo. Algunos técnicos, como Jorge D'Alessandro, despliegan una confusa y alambicada verborrea ante los periodistas que sugiere lo complejo de sus planteamientos, cosa que el divertidísimo programa radiofónico *La Cámara de los Balones* parodia magistralmente:

En los primeros 15 minutos había que reconcomitar los espacios de achique de la voladora corta del ariete central y permitir erosiones centrífugas en forma de pase corto a los laterales opacos de la subzona medular.<sup>1</sup>

Cada papel en este teatro se desempeña con engaños típicos, ya que en cada puesto es posible aparentar más que ser o tomar decisiones que no persiguen el objetivo explicitado, sino otras razones encubiertas.<sup>2</sup> Por ejemplo, el director deportivo o el presidente pueden fichar a un jugador no tanto porque sea el que necesita el equipo —aunque sea lo que expresen ante los medios

---

<sup>1</sup> *La Cámara de los Balones*, 11/05/2017.

<sup>2</sup> Juan Manuel Lillo (2008) reflexiona sobre el ser y el estar de entrenador en uno de los capítulos incluidos en *Cultura(s) del fútbol* (Solar y Reguera, 2008).

en su presentación—, sino porque supone un fabuloso negocio para ellos, con independencia de su rendimiento.

Hay también muchos tipos de desengaños. Desde luego, desde que los clubs se convirtieron en sociedades anónimas deportivas y el fútbol es, ante todo, un negocio que se juega en Europa —en detrimento de las ligas nacionales— y un espectáculo en que lo único relevante es ganar —no importa cómo—, abundan los que se sienten desengañados. Pero también el engaño es parte imprescindible del fútbol, como lo es de cualquier juego.

En el fútbol, hace tiempo que a los defensores les inculcaron una máxima castrense: «Pasa el balón o pasa el jugador, pero no ambos». Para que no se cumpla el axioma, el delantero debe engañar al defensor. En una finta, el jugador simula con el cuerpo que va a ir hacia un lado y, cuando el rival se mueve hacia allá para obstaculizarlo, se va hacia el otro, engañando al contrincante y desbordándole. Podría decirse que hay engaños que deleitan al espectador y otros que le cabrean, como cuando la directiva propone increíbles fichajes y después se gasta el dinero en otras cosas. Pero la línea entre unos y otros es delgada y, a menudo, lo que para algunos es un fraude, juego sucio, mentira execrable, para otros es lícito o, al menos, comprensible. Y aun hay quien esbozará una sonrisa donde otros sacuden la cabeza.

### **Engañar a los directivos: futbolistas que no lo eran**

A finales del 2019, los diarios se hicieron eco de cómo un jugador habría logrado fichar hasta por cuatro clubs profesionales sin tener las mínimas condiciones futbolísticas (*Mundo Deportivo*, 20/12/2019). Con falsos correos electrónicos y llamadas telefónicas, el holandés Bernio Verhagen simuló ser representado por una famosa agencia de futbolistas, la misma que gestionaba los traspasos de Gareth Bale y otras celebridades. Además, aseguraba haber jugado en algún equipo de primer nivel y adobaba

su adulterado currículum con presuntas pruebas en equipos de renombre. Así consiguió en unos meses fichar por tres equipos de primera división —en Moldavia, Sudáfrica y Chile— y otro de segunda —en Dinamarca—. Normalmente el futbolista no llegaba a jugar ni un solo minuto, rescindía el contrato a las pocas semanas y lo intentaba en otro club.

En nuestra sociedad de la información, donde parecería más difícil hacerse pasar por un futbolista solvente, Verhagen consiguió, al menos durante unos meses, cumplir el sueño de fichar por un Primera. La prensa le tachó de «uno de los grandes mentirosos del fútbol mundial» (*El Confidencial*, 20/12/2019), pero está muy por debajo de otros estafadores. Uno de los más legendarios es Carlos Henrique Raposo. Sus habilidades en el terreno de fútbol son desconocidas. Durante 20 años apenas llegó a jugar en ninguno de los equipos por los que fichó, en los campeonatos de Brasil, México o Francia.<sup>3</sup> Pero sí conocemos su don de gentes, sobre todo para entablar amistades con futbolistas, a los que convencía para que realizaran gestiones por él. Su físico atlético le proporcionaba la apariencia de un buen futbolista. Cuando llegaba a un club, fingía rápidamente una lesión y se tiraba en el dique seco unos cuantos meses, algo relativamente fácil en una época —en los años 80— en que no se hacían tantas pruebas médicas. Así «jugó» en el Botafogo o el Flamengo, donde no llegó a debutar. La cosa es meritoria, porque Raposo, al que apodaban *el Káiser* por su parecido físico con Beckenbauer, montó toda una escenografía, con él mismo como principal actor, para hacer creer a jugadores, entorno mediático y directivos que era un jugador deseado por los grandes clubs de Europa. Llevaba un falso móvil a los entrenamientos y fingía que hablaba inglés con algún representante que le llevaría a la Premier. Eran tiempos en que no circulaban vídeos de partidos o jugadas en Internet; los directivos

---

<sup>3</sup> Véase el artículo de Leal en *Libertad Digital* (16/10/2014) y el documental *Kaiser. El mejor futbolista que nunca jugó un partido*.

se guiaban por la palabra de los representantes, los futbolistas o los propios periodistas. A alguno, *el Kaiser* brasileño supo agasajarlo con regalos para que le ensalzara en artículos periodísticos, algo —por cierto— que ha sido tradición hasta hoy. El presunto futbolista era consciente de que la mentira de una falsa lesión podía sostenerse solo por un tiempo limitado, pero no a medio plazo, razón por la cual prefería contratos de poca duración, a veces de unos cuantos meses, hasta que acabara la temporada. El genial embaucador recaló en equipos tan importantes como el Puebla de México, pero no jugó ni un solo minuto en la mayoría de ellos. Ese era su miedo: si el público le veía en escena, sus pobres condiciones futboleras quedaban rápidamente al descubierto.

El jugador asegura que en algunos equipos sí llegó a debutar, nunca jugando más de 20 minutos, para no evidenciar sus carencias. A los 39 años colgó las botas con no más de una veintena de partidos a sus espaldas. Cuando se destapó todo, el jugador se justificó señalando que normalmente son los clubs de fútbol los que engañan a los jugadores, lo que le convertía a él en una especie de justiciero. Y de hecho conservó muchos amigos en el fútbol, que probablemente aún se ríen con las anécdotas de cómo Carlos Henrique Raposo consiguió engañar a propios y extraños.

Desde luego, Raposo puede ser visto como un estafador, un caradura, pero es imposible no reconocer su ingenio, desvergüenza y frescura, cualidades que parecen que sirven tanto en el terreno de juego como fuera de él. Es difícil no ver paralelismos con el ambiguo papel que juega la picaresca en Latinoamérica y en España. Hace medio milenio, los ibéricos recalamos en el Nuevo Mundo con nuestras prácticas, valores e ideas, incluyendo una singular concepción de la verdad y la mentira. Si hemos de creer lo que se describe en ciertas novelas picarescas, hay que concluir que hace más de cuatro siglos las clases bajas españolas se deleitaban con las andanzas de pícaros, hampones y valientes que plantaban cara al poder y se aprovechaban de los poderosos a través de inteligentes tretas. Es lo que vemos en el *Guzmán de*

*Alfarache* (1597 y 1599) o en *La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* (1642). Al modo de *Robin Hood*, las culturas ibéricas gestaron la idea de que robar a un poderoso y rico desalmado no solo estaba justificado, sino que suponía una demostración de cómo los de abajo podían subvertir, a través del ingenio, una estructura en la que no era posible el ascenso social de otra manera.

Los antropólogos lo hemos visto muchas veces: cuando la sociedad está estratificada, con grandes diferencias entre ricos y pobres, y no existen cauces legales de promoción social, los de abajo no solo se las ingenian para salir adelante al margen de la ley, sino que generan una contracultura que justifica dichas prácticas. Los puertorriqueños de East Harlem trafican con *crack* —un compuesto de cocaína fumable—, extorsionan, matan y viven en una espiral autodestructiva de violencia y engaño, que, no obstante, se legitima no ya como la única manera de alcanzar el sueño americano, sino simplemente para ganarse el respeto de los demás (Bourgois, 2010). La cultura callejera del barrio, con sus fidelidades y traiciones, sus fraudes, desfalcos y todo tipo de subterfugios para engañar al poder, constituye para ellos una forma alternativa de hallar la dignidad, algo que evidentemente no es compartido ni entendido por los que están fuera del gueto.

Sevilla, donde están ambientadas las novelas que he citado, fue durante mucho tiempo el centro de la picaresca. Era ya una ciudad confusa y multiétnica antes de que se conociera América. Pero, sobre todo, el oro que venía de las Indias convirtió a la urbe en un lugar de oportunidades, criticada como una caótica Torre de Babel, una Babilonia donde se mezclaban, sin orden ni concierto, negros esclavos, mercaderes genoveses, moriscos no arrepentidos, gitanos vagabundos, miles de marcas —prostitutas— con sus rufianes y toda una caterva de gentes que acudían al brillo del oro, o bien para poder ocultarse por sus fechorías en la cosmopolita ciudad. Los valentones, jaques y virotos sevillanos se convirtieron en arquetipos contestatarios —contraculturales, diríamos hoy—, porque subvertían las normas hegemónicas y

conseguían vivir al margen de la ley con ingeniosas artimañas y no pocas dosis de desprecio por la vida, la propia y la ajena. No solo en el siglo XVII, también en los dos siglos siguientes proliferaron romances de guapos, valientes y, después, de contrabandistas, a los que el pueblo exaltaba por su audacia para eludir el control, poner en duda las convenciones sociales y, sobre todo, plantar cara al poder ejercido arbitrariamente. El engatusador era un antihéroe que quería llegar arriba de la única manera posible: trampeando, timando, engañando con ingenio.

Como argumenté en su día en *La infame fama del andaluz* (2020), creo que estas circunstancias, empíricas, pero también literarias, mitológicas, explican la concepción un tanto ambigua que existe entre los andaluces sobre el engaño. Aún hoy los sevillanos se toman a cachondeo, justifican y casi ensalzan la perspicacia y chispa de aquellos que lograron burlar el conocimiento y el poder de los mandatarios de los clubs, y ficharon por el Betis o el Sevilla sin atesorar las mínimas aptitudes deportivas. Un caso singular es el de los hermanos «malos» de futbolistas «buenos». En el tópico se mezclan datos fehacientes con leyendas urbanas que suponen una delicia para el antropólogo, porque la singular interpretación que una hinchada hace de tal o cual fichaje supone un relato sobre sí mismo, sobre cómo esa afición ve el mundo, que es de lo más sabroso. Cuenta una de esas leyendas urbanas que el Betis fichó a Manolo Hierro, pensando que se hacía con los servicios de Fernando Hierro, el célebre jugador del Real Madrid y la selección. Quienes se encargaron de su contratación lo niegan rotundamente, y con toda probabilidad tienen razón, pero en Sevilla son muchos los que aseguran que el representante de los hermanos Hierro se la coló al Betis. La cosa era compleja, dado que los tres hermanos jugaron en Primera. El mayor de ellos, Antonio Hierro —Hierro I— se desempeñó en el Málaga con su hermano menor, Manolo Hierro, apodado por ello Hierro II. Este último jugó en el Valladolid e incluso logró fichar por el Barça, si bien Cruyff, recién llegado, le consideraba un auténtico

armario y nunca contó con él. Así, Manolo Hierro hizo las maletas y recaló en el Betis junto con otros dos blaugranas, Calderé y Rojo. Por entonces ya destacaba el menor de los Hierro, Fernando Hierro. Predestinado a ser llamado Hierro III, su excelencia le convirtió simplemente en Hierro, y así llegó al Real Madrid poco después. El representante de Manolo Hierro encasquetó al jugador, primero al Barça y después al Betis, como el «Koeman de Pucela», cuando lo cierto es que el «Hierro bueno» recaló en el Real Madrid para una larga y dilatada carrera de éxitos. Por el contrario, el Betis de Manolo Hierro, el «Hierro malo», descendió a Segunda y él fue a parar al Tenerife, donde se retiró mientras su hermano menor se confirmaba como uno de los mejores defensas de la historia del fútbol español. Manolo Hierro no era tan malo, pero como las comparaciones son odiosas, al lado del gran Fernando Hierro, el fichaje de Hierro II parecía un camelo, una estratagema del representante, de los directivos del Barça, de Cruyff o de quien fuera. Para la idiosincrasia bética, que llegara al Betis el «Hierro malo» no es más que una de las muchas tretas del destino para hundir a un club con algo de mal fario y una directiva incompetente e ingenua.

El «hermano malo» que llega por confusión, engaño o mala gestión, en lugar del «hermano bueno», supone casi un tópico, un *leitmotiv* de leyenda urbana en varios clubs. Otra variante es la del «hermano malo» que recalca en el mismo equipo que el «bueno» amparado por este o, en algunos casos, ante su exigencia. A menudo, existen tantas diferencias entre uno y otro que la afición sospecha que hay gato encerrado: ¿fue el hábil representante el que vendió el 2x1?, ¿supuso una imposición del «hermano bueno»? ¿fueron los directivos memos los que pensaron que ficharían a dos estrellas, una consagrada y otra en ciernes, que seguiría los pasos de su hermano mayor?, ¿fue determinante la presión del padre, que en ocasiones ejerce también de representante, para que sus dos vástagos permanecieran juntos y entraran en casa dos salarios en vez de uno solo?

A principios de 2021, el entrenador del Betis anunciaba que, tras el traspaso de Sanabria al Torino italiano, se inscribiría con ficha del primer equipo al hermano menor de Nabil Fekir. Campeón del Mundo con Francia, Fekir estaba dejando buen sabor de boca en el Betis, a pesar de que las expectativas eran mayores cuando llegó. Recaló en el Betis en el verano de 2019 con su hermano menor, Yassin Fekir, al que el Betis cedió al Guijuelo, de Segunda B, antes de que militara en el filial verdiblanco, el Betis Deportivo. Sus cinco goles en 33 partidos jugados en Segunda B no parecían renta suficiente como para saltar al primer equipo, por lo que los béticos rápidamente sospecharon de que se trataba de un nuevo caso de «hermano malo». Y no se equivocaron. En toda la temporada, el experimentado técnico verdiblanco, Manuel Pellegrini, no encontró ninguna razón para hacerle debutar en el primer equipo.

El «Fekir malo» no es el primero ni el último de estos casos. Iván Pérez Muñoz, hermano menor del gran Alfonso, jugó 30 partidos de liga con el Betis, anotando —¡como delantero!— un solo gol entre 1997 y 1999. No es infrecuente que los directivos «piquen» y vean en el hermano menor los gestos, el físico y las posibilidades de éxito de la estrella, no solo en el Betis. En el Milan, Kaká compartió vestuario brevemente con su hermano menor, Digao. A veces, aunque hay diferencias entre ambos, los dos cumplen un digno papel. Son conocidos los casos de Gary y Phill Neville en el Manchester United, o Ronald y Frank de Boer, gemelos, que coincidieron en el Ajax de Ámsterdam, Barça y Rangers. En la liga española, Nico Williams ha demostrado que no le va a la zaga a su hermano Iñaki. El Athletic tiene a gala haber contado con hasta 25 parejas de hermanos entre sus filas, incluyendo a Julio y Patxi Salinas o los hermanos Arieta, Rojo, Unamuno, Arana, Karanka y muchos otros.

Que los dos hermanos vistan la misma camiseta en varios equipos es sintomático de la importancia de los contactos de su representante compartido, pero también de carreras que se

planifican desde temprana infancia. Caso paradigmático son los hermanos Giovanni y Jonathan dos Santos, que vistieron las camisetas de Barça, Villarreal y Los Ángeles Galaxy. Su padre, Zizinho, mítico jugador de Brasil, siempre ha dicho que ambos son buenísimos, pero el propio Jonathan ha tenido que desmentir una y otra vez que llegara de «paquete» tras su hermano. «Dicen que yo fui el paquete, que vine con mi hermano, pero no, los dos fuimos citados [a La Masía]. Ahora sucede igual. Como está aquí Gio [en el Villarreal], se trae al paquete de su hermano».<sup>4</sup>

Lo de tener un padre famoso en el mismo gremio ayuda bastante a dos cosas: a fichar por un buen equipo y, en segundo lugar, a que las expectativas estén por encima de los resultados. Entre los aficionados despertó siempre resquemores que los tres hijos de Lorenzo Sanz —presidente del Real Madrid entre 1995 y 2000— jugaran en clubs relevantes, incluyendo el Real Madrid. El «Sanz bueno» o, al menos, el mejor deportista de los tres, Fernando Sanz, culminó cuatro temporadas en el Real Madrid, equipo que tal vez le venía grande, aunque demostró después, durante siete años en el Málaga, que sí era futbolista de Primera División. Los aficionados tienen claro que difícilmente hubiera jugado en el equipo merengue —junto a estrellas de la talla de Laudrup, Redondo, Raúl o Zamorano— si su padre no hubiera estado en el palco en los mismos años.

Sus dos hermanos son los que despertaron siempre más sospechas. Lorenzo Sanz Jr., el primogénito, llegó a disfrutar de dos años en el Real Madrid de baloncesto, saliendo siempre de suplente y llegando a jugar en la cancha solamente 64 minutos ¡en el conjunto de las dos temporadas!<sup>5</sup> Eso sí, cuando dejó la práctica deportiva, pudo dirigir la sección de baloncesto del club. No más

---

<sup>4</sup> <https://juanfutbol.com/articulo/rcardenas/gio-y-jonathan-dos-santos-cuentan-su-vida> [consultado 07/03/2021].

<sup>5</sup> Véase la *Base de Datos Histórica del Básquet Español*, BDBasket. Disponible en: <http://www.bdbasket.com/es/j/j1485.html>.

éxito en el terreno de juego tuvo Paco Sanz. Ya con su padre de vicepresidente del Real Madrid, Paco Sanz asciende de categoría en el club hasta el Real Madrid B en la temporada 1993/94. Su padre, siempre pendiente de sus cachorros, le comparó entonces con Michel, lo que debió generar incredulidad en los directivos y más de una carcajada en los aficionados. Valdano se lo quitó de encima, junto a su hermano, y ambos fueron cedidos al Unión Española de Chile. A su vuelta, un año después, Paco Sanz recaló en el Oviedo donde solo jugó siete partidos, y luego en el Racing de Santander, aunque no disputó ni un solo minuto. El Mallorca decidió darle una nueva oportunidad, sin duda por su valía futbolística y no porque la hija del presidente del Mallorca estuviera casada con Fernando, el hijo de Lorenzo Sanz. Allí, el pequeño de los Sanz habría de culminar el timo: en tres temporadas disputó ¡seis minutos! en la liga.

Se retiró con tan solo 27 años, negándose a jugar en una categoría que no fuese la Primera División. En conjunto, Paco Sanz estuvo cinco temporadas en la categoría de oro, disputó ocho partidos, solo uno de ellos completo y jamás metió un gol. En 1999, cuando contaba con 26 años, ofreció una entrevista a *El País* en la que confesaba: «Yo sé que soy muy malo; espera: malo no sé, pero peor que los que juegan» (07/06/1999). El benjamín de los Sanz ganaba al año 40 millones de pesetas —lo que equivaldría hoy a unos 370.000 euros—,<sup>6</sup> disfrutando la mayoría de los partidos desde la grada. Eso sí, tuvo la franqueza de reconocer que «tal vez» el vínculo «familiar» entre los presidentes del Real Madrid y el Mallorca hubiera favorecido su fichaje por el club balear, pero «no más que en cualquier otra empresa».

Paco Sanz no tiene culpa de haber nacido hijo de un rico empresario, presidente del Real Madrid, ni tampoco de ser un futbolista mediocre. Pero cuando pienso en los muchos magní-

---

<sup>6</sup> Para calcular el valor del dinero pasado un determinado tiempo me baso en el cambio en el poder adquisitivo y los salarios.

ficos peloteros que se quedaron conmigo en Tercera o Segunda B, sin que nadie les diera una oportunidad, no puedo dejar de sentir cierta rabia. Todos los hermanos se hicieron fuertes en la dirección de entidades relevantes, una vez dejaron la práctica deportiva. En el caso de Paco, presidió el Granada. Imagino que tendría tino con los fichajes, para que no le dieran gato por liebre.

### **Engañar al aficionado —y a las casas de apuestas—**

Allí donde se mueve dinero, hay corrupción. Eduardo Galeano (2010, 2017) ha clamado contra las corruptelas de los poderes fácticos del fútbol, la FIFA especialmente. Declan Hill presentó como tesis doctoral en Oxford un exhaustivo estudio sobre el vínculo del fútbol con las mafias, los sobornos y las apuestas, que después se publicó como libro: *Juego sucio. Fútbol y crimen organizado* (Hill, 2010). Hoy sabemos que muchos de los partidos de los Mundiales fueron amañados, como el Italia-Ucrania o el Inglaterra-Ecuador del Mundial de 2006. Y que algunos asesinatos, como el de una pareja de estudiantes chinos en Newcastle en agosto de 2008, fueron la respuesta a la traición de estos dos jóvenes a los jefes de una mafia internacional dedicada a las apuestas ilegales.

La corrupción futbolística está extendida por doquier. En España, siempre han existido rumores de amaños deportivos y diversos fraudes. Varios árbitros y jueces de línea, entre ellos Rafa Guerrero, han reconocido que clubs como el Real Madrid y el Barça realizaban regalos al equipo arbitral, tales como relojes o cava. Se admite que los clubs tengan un «detalle» con los árbitros: el Alavés regala dulces tradicionales, el Athletic un banderín del club, el Depor algún objeto de cerámica, el Eibar un libro, etc. Sin embargo, algunos regalos resultan sospechosos de querer influir en la imparcialidad del árbitro. Un reloj caro o una figura

de Lladró, como solía regalar el presidente del Valencia, Francisco Roig, no es lo mismo que un pin o un bolígrafo del club.

A lo largo de la historia han existido múltiples episodios en que formal o informalmente se ha acusado a un árbitro de favorecer a uno de los contendientes. Pero no menos frecuentes han sido las acusaciones contra los propios jugadores. Por ejemplo, en su día se consideró muy sospechoso el empate que permitió al Zaragoza clasificarse para la competición europea en la temporada 2006/07. Pero ha habido algunos partidos más vergonzosos. Uno de los más célebres fue el que disputaron las selecciones de Austria y Alemania en el Mundial de España 82. El 1-0 a favor de los germanos clasificaba a ambos equipos, así que, después de que se marcara el primer gol en el minuto 10, el resto del partido fue un insoportable vaivén de pases en el centro del campo, para que el tiempo pasara. Los 41.000 espectadores que habían pagado en El Molinón estallaron indignados: «¡Que se besen, que se besen!; ¡Tongo, tongo!».

Hay quien considera lícito aspirar a un resultado que satisfaga a las dos partes con una especie de pacto previo. También las comisiones por ganar se han considerado legítimas entre los futbolistas y directivos, aunque no sean legales —entre otras cosas porque se paga en B—. Sí se critican las compras de voluntades para perder o empatar, pero no son infrecuentes. En ocasiones, el inesperado y bajo rendimiento de uno o varios futbolistas desata las sospechas.

Durante años los amaños fueron un secreto a voces, hasta que por fin la Justicia se involucró. La primera sentencia de corrupción deportiva en España se emitió en abril de 2020 tras cinco años de investigación. Quedó probado que al final de la temporada 2013/14, directivos del Osasuna pagaron 400.000 euros a dos futbolistas del Betis —Antonio Amaya y Xavi Torres— no solo por ganar al Valladolid en la penúltima jornada sino, también, por dejarse ganar contra el Osasuna en el último partido. Los futbolistas fueron condenados por corrupción deportiva a un año de cárcel,

dos años de inhabilitación para el ejercicio del fútbol profesional y 900.000 euros de multa, cada uno. Exdirectivos del Osasuna fueron sentenciados a penas más severas por delitos de apropiación indebida, falsedad documental y falsedad contable.

Los amaños de partidos en que los futbolistas se dejan sobornar han ido en aumento en los últimos años, sobre todo en las categorías que están por debajo de Segunda División. Habitualmente se amaña el número de goles encajados o metidos. Pero no hace falta dejarse ganar. Se puede apostar sobre cualquier cuestión: el número de córners, tarjetas amarillas o penaltis. El que está sobre aviso invierte gran cantidad de dinero a esa apuesta segura, incluso vende sus apuestas ganadoras a otros, quedándose con un porcentaje. Las empresas de apuestas *on line* no se implican en partidos menores, que no son televisados. El mejor jugador para ser captado es el que cobra poco, o incluso el que no cobra desde hace meses.

En abril de 2017 saltaban todas las alarmas en un partido entre el Barcelona B y el Eldense que acabó 12 a 0. El club alicantino pidió a la Liga que lo investigase y denunció a cuatro jugadores. Varios reconocieron el soborno. El cerebro de la trama sería un grupo inversor italiano, vinculado con la mafia calabresa, que habría desembarcado en Alicante para imponer un corrupto entrenador y captar a varios jugadores para que aceptaran el amaño. El negocio era redondo. La goleada se pagaba 400 a 1. El delantero Cheik Saad dijo que cada uno de los futbolistas corruptos se embolsó unos 30.000 euros. Al parecer, el jugador del Eldense no se dejó comprar y fue excluido del once titular cuando todo apuntaba a que saldría desde el inicio en el Miniestadi: «A mí nadie me va a joder la carrera y menos por estas cosas. Vergüenza, puta vergüenza», escribía en Twitter el futbolista natural de Mauritania. «Luego no sé cómo pueden mirar a la gente a la cara». El Eldense estaba abocado al descenso y es ese tipo de equipo el que es más fácil de corromper, cuando ya no se juega nada. Cuesta creer que pensarán que nadie iba a sospechar de tamaña goleada, imposible

en circunstancias normales. Algunos futbolistas del Eldense, ajenos al amaño, acabaron el partido llorando. Otros se negaron a salir en la segunda parte cuando, con el 5-0, ya era evidente el timo.

En 2018 la operación Pizarro detenía a dos exfutbolistas profesionales —Iván Moreno y Jonan García—, dedicados a amañar partidos en Segunda B y Tercera. El procedimiento era sencillo: se contactaba con futbolistas que se dejaban sobornar por cantidades entre los 3.000 y los 5.000 euros. Los más solicitados son los defensas y los porteros, que pueden resbalarse en el momento apropiado para que el delantero marque a placer, para cometer faltas o mandar el balón a córner. Una vez amañado el partido, se llamaba a intermediarios internacionales para apostar en el mercado asiático.

En mayo de 2019, y dentro de la operación Oikos, se investigó a varios exfutbolistas, directivos, médicos y algún jugador en activo, acusados de organización criminal, blanqueo de capitales, estafa y corrupción deportiva. Entre los acusados, Raúl Bravo, ex del Real Madrid, que llegó a vestir la elástica de la selección. Se habrían amañado varios partidos, como por ejemplo el Huesca-Nàstic disputado en mayo de 2018. El volumen de dinero apostado se multiplicó por 14 con respecto a otros partidos y el desmedido afán por dar un pelotazo hizo saltar las alarmas. 30 casas de apuestas suspendieron las cotizaciones. Sospechosamente, todo el mundo estaba apostando por que el encuentro llegaría con empate a cero goles en el descanso y se produciría una victoria del Nàstic al final. El partido era propicio: el Huesca ya estaba matemáticamente en Primera y el Nàstic necesitaba la victoria para poder salvarse, así que todos contentos.

## **Engañar al árbitro: tirarse a la piscina**

Dicen los ingleses que el fútbol es cosa de *gentlemen*, lo que remite a una época —mediados del XIX— en que se jugaba en